
Vicente Quirarte

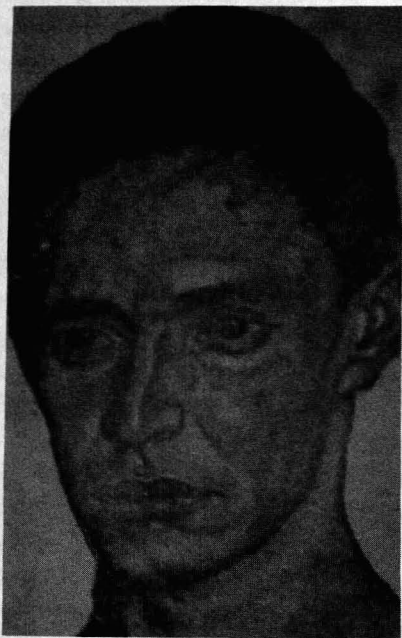
Retratos colombianos de GILBERTO OWEN

A Darío Jaramillo, Gilma Rodríguez y Mario Jursich
hermanos en Colombia

El automóvil deja atrás el centro de Bogotá y circunvala, en ascenso, las calles antiguas. Azul hasta el dolor, el cielo se afina en sus alturas y vamos, cada vez más arriba en nuestra pequeña pero trascendente, aquí y ahora, dimensión humana, hasta la zona de las casas de reja y los inacabables edificios de departamentos de lujo. La cita es a las 11 del día, con Cecilia Victoria Owen de Panero, hija del poeta mexicano Gilberto Owen y de la colombiana Cecilia Salazar. La puerta se abrirá en unos instantes más y yo, a semejanza del capitán Ahab que descubre tras meses de persecución a su ballena blanca, trataré de ser fiel a la lección del poeta que exigía sentir y leer entre líneas; desconfiar de la realidad, para mejor aprehenderla. Encontraré, en las palabras que de Victoria Cecilia Owen, lo que permanece de la sangre irlandesa y la estirpe tarasca. A través de su testimonio armaré otra biografía, la otra manera de ser poeta, por delante de la acción, como quería el niño vidente de Charleville. En la huella en apariencia intrascendente, en el gesto efímero, en el álbum fotográfico que la familia conserva para perpetuar la memoria de la especie, hallaré ocasiones para resucitar al que ya no oye pero sí habla.

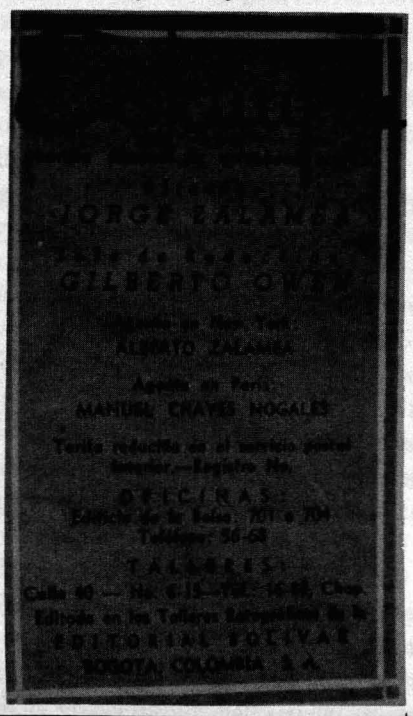
El escritor es el muerto que nunca acaba de irse. Allá abajo, en la ciudad antigua que fatigó Gilberto Owen, en sus calles siempre vecinas próximas de la montaña, en sus rincones asiento de la niebla, he perseguido, en días anteriores, retratos del hombre que aquí, apenas ayer, anduvo. El crítico y el biógrafo, como los buenos herederos de Chesterton, creen más en el milagro de lo que pudo ser que en la estéril herencia de lo que fue. Afanarse en que las fotografías nos hablen, por ejemplo. Buscar, con la diligencia y la dulzura colombianas de Gilma Rodríguez, que me descubre –en ese orden– el ajíaco y la hemeroteca “Luis Ángel Arango”, la crónica de la boda del señor don Gilberto Owen Estrada (en su periódico de sociales el Don puede más que el ser poeta con minúscula) con Cecilia Salazar. Ahí está, en una fotografía de la revista *Cromos*, en una imagen registrada por la memoria colectiva de la prensa, imagen que no está más en la colección de los herederos de Owen. Mírale su sonrisa, su felicidad de ola en la cresta, de niño en la resbaladilla con toda la tarde por delante. Ixión en el Tártaro, mírate echar anclas en tierra distintas de tu tierra que habrá de cautivarte con su aire y su cielo, con su aguardiente de Cundinamarca y sus mujeres, con su amor de tierra nueva que te ofrece lo que aquella otra, *Bagdad olvidadiza*, no te cede.

Aún no se abre la puerta, pero voy a mirar por fin el retrato de Gilberto Owen pintado en 1945 por Ignacio Gómez Jaramillo. Apenas anoche Edmundo Font, embajador nuestro en Colombia, me ha confirmado la existencia de ese Dorian Grey que en México sólo conocemos por fotografías en blanco y negro. Qué decir, al mirarlo. Qué decir, del retratado, Gilberto Owen, que se asemeje a la aventura de su vida. Mejor aceptar sus reglas, hacerle caso al juego del arlequín propuesto en *Novela como nube* y aventurar una pincelada aquí, otra más allá. Retirarse después, para que la distancia nos permita mirar el conjunto con objetividad. Mejor abrir las puertas de



Retrato de Gilberto Owen (1934)
por Ramón Barba

Directorio de la revista *Estampa*,
donde Owen figura como jefe de redacción



la memoria y, como su capitán de brújula enloquecida por el alcohol y el amor –la forma más dolorosa y lúcida de la embriaguez– registrar imágenes que vuelen a iluminarnos y a borrarlos por instantes de este mapa.

* * *

Bogotá, Colombia, 12 de octubre de 1945. Inauguración del 6o. Salón de Artistas Colombianos, con la asistencia del presidente de la República Lleras Camargo. Entre el público asistente, un hombre obstinado en no abandonar la niñez terrible, juega al escondite. Ahora no lo hace con sus hijos, sino consigo mismo. Asoma la sonrisa, siempre ambigua entre la picardía y la inocencia, y estira los cinco dedos de la mano en señal de despedida. Le dice adiós al otro, al mismo. Le dice adiós al *Retrato del poeta Gilberto Owen*, por Ignacio Gómez Jaramillo, una de las piezas centrales de la exposición, que lo retrata en la frontera antes y después de los 40 años, edad en que ya se ha vivido y amado lo suficiente como para obtener la salvación o la condena. Avesindado en la capital colombiana, se encuentra a punto de dejarla luego de más de una década, espacio suficiente para que la raíz prospere y lastime la muerte de la partida. La figura en los muros del Salón es, en efecto él mismo, pero lo supera, lo deja aparte, en una realidad extraatmosférica, intocada por el tiempo. El Gilberto Owen, el otro, el que se mueve en sus dos piernas, se oculta tras una columna y mira alternativamente al otro hipócrita lector, semejante y hermano. En el cuadro, ese Dorian Grey le dice aquí me quedo; te vas tú, pero me dejas en un espacio aparte, libre de las corrupciones del tiempo; Dorian Grey eres tú. Vete *con tu muerte de música a otra parte. Yo me vivo sin ti. Mi noche es alta y mía.*

El cuadro de Ignacio Gómez Jaramillo es, por diversos motivos, el último retrato de Gilberto Owen. Lo retrata en el cenit de su estancia colombiana, y cuando está a punto de dejarlo o de recobrarlo todo. Le quedan siete años de vida, que habrá de terminar en una tierra donde ya había estado antes, en los Estados Unidos donde, en 1928, inició el primero de sus exilios. Y el Basil Hallward autor del retrato es uno de esos pintores que tienen no sólo talento para pintar, que ya es bastante, sino voluntad de pensar en lo que pinta. No es difícil, al leer sus *Anotaciones de un pintor*, imaginar las conversaciones que sobre el profeta de la visión moderna sostenían pintor y modelo. Owen le diría que, en México, uno de sus mejores amigos hablaba de la sintaxis cezanneana comparándola con la sintaxis dislocada pero construida de Mallarmé. Entre pinceladas, Gómez Jaramillo respondería, más o menos, pero con el estilo fluido de la conversación: en que sostenía con su modelo alguna que otra conversación sobre Cézanne, tan caro y tan próximo a los Contemporáneos. Su juicio sobre el profeta de la visión moderna es el siguiente:

Cézanne, “el eterno aprendiz”, redescubre la arquitectura del cuadro, fija y delimita las formas, torna sólidos los volúmenes. Su pintura no se basa exclusivamente en la riqueza cromática tan en boga, no en las formas indefinidas y brumosas: en sus lienzos la forma necesita del color como de su imprescindible complemento, pero éste se halla siempre encerrado, ceñido a la línea, dominado por una imperiosa necesidad de orden y medida.

Pero esta sesión de pintura es ya la sala de espera del que habrá de partir a tierra distinta de su tierra. Retrocedemos para ver los preliminares de la aventura colombiana de Gilberto Owen. Pongamos sobre la mesa el telegrama del 5 de octubre de 1932, donde la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, la *Bagdad olvidadiza* a la que Owen no dejará de rendir culto ni de añorar, lo expulsa del servicio exterior mexicano. Por los amigos de Owen sabemos que ese telegrama debe haberle causado, primero, gracia. Su participación política en el APRA, su entrada triunfal en Guayaquil, en compañía de Luis Alberto Sánchez, ambos saludados como vanguardistas políticos e intelectuales, era, por fin, reconocida. Castigar así es una forma de respeto. El 24, envía desde Guayaquil una solicitud de pasajes para volver a México. Su primera carta bogotana de la que se tiene noticia es del 14 de marzo, a Alfonso Reyes.

En ella dice que enseña en una escuela de obreros, traduce el *Jeremías* de Stefan Zweig y anuncia que escribirá en *Diálogo*, revista programada para 1933. El año 1934 comienza con Owen ya plenamente instalado en Bogotá. Los primeros tiempos fueron difíciles, pero los compensa su capacidad de hacer amigos, y los buenos, magníficos amigos colombianos que lo acogen. En un artículo publicado en *El Espectador* de Bogotá, el martes 11 de 1952, días después de la muerte de Owen, uno de esos amigos fieles (¿hay otra clase?) Jorge Zalamea Borda, recuerda aquellos primeros pasos de Sindbad en su nuevo puerto:

Hace casi veinte años que Gilberto llegó a Bogotá, de Lima y Guayaquil. Llegó con José Mar y con nosotros compartió pan y vino y trabajo. También techo en alguna ocasión, en época para mí la más sombría. Su amistad fue entonces uno de mis mejores soportes y gracias a él, a ella, pudo mi espíritu escapar del naufragio a que parecía condenado. Su noble y generoso corazón me dijo entonces palabras que no podré olvidar jamás y que yo no hubiera podido ordenar para expresar lo que sentía.

El debut periodístico de Owen, hasta donde he podido investigar, lo hace en la primera plana de las Lecturas Dominicales de *El Tiempo*, el 25 de febrero, con el ensayo "Poesía y Revolución", síntesis admirable de la poesía mexicana, y donde da muestra de su capacidad para convertir en materia literaria cuanto tocaba. El ensayo "Pasión y vida del Beethoven de Ramón Barba", del 16 de mayo de 1934, también aparece en primera plana. El escultor Barba, seguramente agradecido, hace un dibujo espléndido de Owen, aparecido en *El Tiempo*, con un texto de Eduardo Zalamea Borda, quien hace con palabras otro retrato, revelador, a todas luces, de lo bien que conocía ya a su nuevo amigo:

Quiso no quedarse [Barba] en el rostro sino descubrir también el cuello descarnado. Bajó hasta la cal de huesos que hacen el pecho, para que lo pudiéramos ver más. No se iba a resignar a mostrarnos solamente los ojos abiertos y francos, a pesar de tantas cosas. Ojos donde se esconde, queriendo salir siempre, la sonrisa constante que se quedó —sólo ese momento hecho ya tiempo de mucho tiempo— seria y grave. No iba a detenerse en el recuerdo indio de los pómulos de este Gilberto Owen ni en la gran boca serenamente reflexiva —única valedera porque se puede tener la seguridad de que es solamente instintiva al ponerla en acción— ni quería dejar que se nos quedara solamente el recuerdo del cabello plano y lacio como una cosa conocida. Quiso mostrarnos más extensión carnal de arcilla viva, para que pudiéramos llegar a lo más hondo de este espíritu desconcertante y sorpresivo.

Hay casi un deleite sostenido de profundizar, de cavar descubriendo, en esta cabeza de Gilberto —acaso lo creyó difícil para nuestra comprensión— que se nos muestra en toda su seguridad de que es mensajero de algo, en su orgullosa modestia enhiesta y humilde.

Ahí está toda extendida su personalidad humana y véalo quien lo quiera ver, porque sólo se puede insinuar un arco de conocimiento en el círculo que es la vida de un hombre.

El autor de este retrato lírico, Eduardo Zalamea Borda, firmaba sus colaboraciones en *El Espectador* amparado por el seudónimo *Ulises*, que era, causalmente y no, figura representativa de la generación de Contemporáneos. ¿Elegió Zalamea ese seudónimo a partir de su amistad con Owen? Lo cierto es que Zalamea fue uno de los primeros en notar la calidad excepcional de los escritos de Owen. Si, en México, Novo había escrito, para exaltar las virtudes de Owen, que éste "escribía unas cosas rarísimas a las que nadie entendía"; Zalamea advierte que la escritura de Owen era

una ventana abierta sobre un vasto panorama de interpretaciones del acontecer cotidiano. Unas veces el paisaje era límpido, claro, hondísimo, insondable; otras,



Retrato del poeta Gilberto Owen
por Ignacio Gómez Jaramillo

Owen con sus hijos Victoria Cecilia y Guillermo





La familia Owen en Bogotá.
Al fondo, el Monserrate



cargado de nubes tormentosas, de sinisestros augurios, como en una tempestad de Ruysdel. Pero siempre, siempre, estaba ocurriendo algo en el paisaje de Gilberto, en su paisaje interior y en el que mostraba. Se diría que a su trabajo periodístico —que no podía dejar de ser literario, pues existe una “literatura periodística” aunque ello fastidie a quienes no logran conciliar los dos términos por simple pedantería o por mera incapacidad— aplicaba el principio de Valéry al paisaje pictórico en el cual es necesario que siempre esté ocurriendo algo, que sea un paisaje vivo, animado por la presencia evidente del hombre o de sus huellas.

En 1934 Owen parece muy atractivo en *El Tiempo*, como lo demuestran los artículos citados, así como los que incluye Luis Mario Schneider en la hemerografía de las *Obras* de Owen. De pronto estas colaboraciones cesan. En esos momentos, Owen vivía del periodismo y, por la experiencia que sus lectores tienen de él cuando se enfrentaba a alguna tarea, su actividad era febril y compulsiva. ¿Cómo explicarse esa interrupción súbita de un trabajo que ocupaba permanentemente la primera plana del suplemento *Lecturas dominicales*? La explicación me la dio Fernando Charry Lara, en un almuerzo que tuvimos, Mercedes Carranza de anfitriona, en la Casa de Poesía Silva. Y Charry evocó, con su memoria cortés y aguda, a Owen como traductor de cables internacionales para la *United Press*. Lo recuerda también, a las horas de asueto, en el Café Victoria, cuartel general de los poetas piedracielistas, aislado, en mesa aparte, absorto en sus lecturas, con una taza para café que en realidad contenía aguardiente de Cundinamarca. Doble violación e incitación al desorden, si se piensa, primero, que Owen bebía —y fuerte— por la mañana; segundo, que en Bogotá era muy mal visto que alguien pidiera una bebida criolla. Charry Lara afirma que no formaba tertulia con los poetas de *Piedra y Cielo*, aunque a él le fue presentado por Aurelio Arturo.

El 2 de diciembre de 1935, en la Iglesia de la Veracruz, situada en el corazón del Broadway bogotano, en la ancha y próspera calle del Comercio, tiene lugar un acontecimiento social que ocupará las páginas de *Cromos* y *El Gráfico*, los dos semanarios más importantes de la capital. Se trata de las nupcias de la señorita Cecilia Salazar con el poeta Gilberto Owen. Al matrimonio asisten Jorge Zalamea, y el director del periódico *El tiempo*, ex presidente de la República. Ese 2 de diciembre, dos temblores sacuden Pasto, al sur de Bogotá, producidos por erupciones del volcán Galeras. Ironía de la magia que perseguirá a Owen a lo largo de su vida: de niño en Rosario, predecía los terremotos que a la larga llevarían a su familia a buscar otros lares. El nuevo matrimonio se instala en un departamento del padre de la novia, situado en la calle 7a. con la 23, en el sitio donde ahora se levanta el Edificio de Teléfonos de Bogotá. No será sino hasta 1943 que los Owen Salazar ocupen casa nueva en la calle 70 con la 7a. Su hija Cecilia Victoria lo recuerda en la mansarda de esa mansión, escribiendo a máquina, con dos dedos y a gran velocidad, la traducción de *China en armas*.

Ya casado, la actividad periodística de Owen aumenta. Además de su trabajo en la *United Press*, colabora en *El Espectador*, y es jefe de redacción de *Estampa*, el periódico dirigido por Jorge Zalamea. El 4 de mayo de 1939 nace Guillermo (“Todos los Owen nacen en domingo”). La biografía que permiten armar sus fotografías lo retratan como un padre cariñoso. Su hija Victoria lo recuerda “de un humor surrealista”. Le gustaba jugar a los escondidas, ocultándose tras unas ramas delgadas, tras de lo cual exclamaba: “Soy un árbol”. Para los niños, dice Cecilia, era un juego diferente, que nos causaba mucha gracia. Lo recuerda también pasando largas horas con Guillermo contemplando las estrellas, enseñándole astronomía.

En 1942 Owen prepara su regreso a México. El nombre del poeta ocupa constantemente la sección *Vida literaria y artística* de *El espectador*. El 12 de enero de 1942, se da la siguiente noticia: “Gilberto Owen trabaja actualmente un Cuaderno de Bitácora de Simbad el Varado, que será publicado el mes entrante, como segunda entrega de su revista *Amistad*, y al que considera su obra de mayor importancia”. ¿Existió realmente el proyecto *Amistad* o fue una más de las utopías owenianas que no alcanzaron a cuajar? Por otra parte, Simbad aún debía dormir el sueño de los justos hasta 1945, en que se publican 20 poemas en *Revista Universidad Nacional de Colombia*, a

instancias de Fernando Charry Lara. En 1948, finalmente, será publicada la bitácora total de su febrero hipotético por la Universidad de San Marcos, en Lima. Lo importante es que Owen fecha su poema en 1942 y en Bogotá, es decir, el año en que prepara su vuelta del exilio. Firmar en Bogotá el poema es una forma en que el Cid legitima su retorno a la tierra natal. El 11 de abril de 1942, el mismo espacio de *El Espectador* da noticia de la próxima partida:

Un grupo de amigos de Gilberto Owen prepara un acto de despedida al gran poeta mexicano, que emprenderá viaje a su país el próximo 29 de abril. Oportunamente informaremos del lugar y fecha exactos del homenaje. El 24 de abril, nuevamente se hace alusión al poeta: Recordamos a los amigos de Gilberto Owen que las tarjetas para la fiesta de despedida que se ofrecerá al gran poeta mexicano, con motivo de su regreso a su país, pueden retirarse en las oficinas de Acción, calle 13, número 9.63, teléfono 28-39.

El domingo 26 de abril tiene lugar la despedida de Owen. La crónica aparecida en *El espectador* del 27 de abril de 1942, es muy ilustrativa del círculo de amigos que rodean a Owen:

Un distinguido grupo de amigos de Gilberto Owen le ofreció anoche una elegante fiesta en el restaurante "Embajador". Asistieron Jorge Zalamea, José Umaña Bernal, Otto de Greiff, Ignacio Isaza Martínez, Guillermo Espinosa, Arturo Angel Echeverri, Ignacio Gómez Jaramillo, Alejandro Vallejo, Hernando Villa, Edgardo Salazar Santocoloma, Juan Friede y Eduardo Zalamea Borda.

Después de la comida, los amigos de Owen tuvieron el placer de escuchar la lectura de la primera parte del "Cuaderno de bitácora de Simbad el Varado", que será publicado en *Hojas de Poesía*, la conocida publicación que dirige Jorge Zalamea.

Owen se va, por fin a la capital mexicana. Descubre el edificio de la Nacional, el tequila y a su sobrina Blanca Margarita Guerra. Visita a Jorge Cuesta en el manicomio. Se sumerge en el cabaret Leda, con todas las mayúsculas de la cultura mexicana. Escribe. Se enferma. Reencuentra a Clamentina Otero sólo para mirarse mutuamente



Matrimonio de Gilberto Owen con Cecilia Salazar. 2 de diciembre de 1935

fantasmas, con un aire de haber sido y sólo estar, ahora. Regresa a Bogotá, posa para un retrato y vuelve, en 1946, a Filadelfia. Muere en 1952. No vuelve a Bogotá. Pero sus amigos se encargan de que regrese. Nuevamente, son las palabras de Jorge Zalamea Borda, el Ulises amigo de Sinbad, quien le brinda las mejores palabras de despedida, más elocuentes si pensamos que no las tuvo semejantes entre las que se decían sus amigos mexicanos:

No podía creer a mis ojos al leer la noticia de la muerte de Gilberto. El sentimiento de la amistad herida confunde la mente, aprieta el corazón y enturbia los ojos. ¿Muerto, pero muerto de veras, definitivamente, el amigo, el poeta, el hombre cabal? Con él moría, aunque intentara revivir, todo un largo pasado hecho de horas dulces y de momentos amargos, y la muerte de ese pasado hacía más agudo el pesar. Gilberto no estaba con nosotros hacía algunos años, pero en cualquier momento podía presentarse, volver con su sonrisa de niño iluminada por todo su tesoro poético o con sus abstracciones o con su risa que ardía como una breve llamada aclarando el concepto penetrante. Ahora Gilberto no puede regresar, se ha marchado, levó el ancla para el viaje interminable por el mar sin orillas, por el hondo mar que no tiene casi horizonte.

Ese vínculo amistoso no podía romperse y no se ha roto. Ahora, si no a su existencia, me liga a su memoria y con ella me obliga.

A pesar de haber vivido varios años en Bogotá, Gilberto Owen no es tan conocido literariamente en Colombia como en su México natal y en los demás países de América. Formó parte del grupo "Ulises" que tan grandes valores dio a las letras aztecas: los Gorostizas, Salvador Novo, Luis Quintanilla, Xavier Villaurrutia... Aquí tengo, sobre mi mesa, *Novela como nube*, ese bello poema publicado hace veinticuatro años, que conserva toda la frescura, todo el vigor, todo el encanto de su prosa. Pues si era Gilberto Owen poeta original y profundo, su prosa literaria es de un primor espontáneo, tejido de gracia, inteligencia y cultura. Tal vez a primera vista el estilo de *Novela como nube* recuerde el que "los nuevos" de aquella época escribían en toda Europa y en toda América, pero tiene el sello inconfundible que Gilberto imprimía en todos sus trabajos. Me resulta difícil definir en qué consiste el atractivo de su obra. Dejó a otros —que podrán hacerlo mejor que yo— esa tarea. Sé que la comprendo y no puedo dudar de que la siento como sumamente personal y que no estoy solo en mi admiración por ella, en la que me acompañan cuantos la conocen, desde los Estados Unidos hasta la Argentina.

Después del trabajo, íbamos al café, a conversar, a beber, a pasar el tiempo o a dejar que el tiempo pasara llevándose unas preocupaciones y dejándonos siempre otras. La noche iba arrastrando consigo, como una gran marea, a las gentes, y quedábamos nosotros, dueños de la ciudad y de sus luces y de sus sombras, islotes aún más negros en la mitad de la tiniebla, hasta que llegaba, "como las manos queridas sobre la sien afiebrada", la bendición del alba redentora que también fue a veces una maldición, una condena, un nuevo eslabón que nos encadenaba al horror de la vida.

En estos momentos, el recuerdo es un mecanismo que trabaja dolorosamente. Molino que muele el trigo de los instantes felices que ya no dan sino muy poca harina y cuyas muelas se traban al querer pasar entre ellas el áloe amarguísimo, preferimos, más bien preferiríamos que se detuviera por completo en uno de aquellos episodios gratos que afortunadamente fueron muchos en el discurso de nuestra amistad.

Gilberto ha muerto en Filadelfia. Ha muerto rodeado de su gran soledad, lejos de los suyos, pensando en ellos, recordando —como lo hacía con orgullo— su ascendencia irlandesa y tarasca. "Sinbad, el Varado", que se libró por fin del peso del implacable hombre-del-mar que llevó a cuestras, ha zarpado y somos nosotros los que quedamos en la ribera, como en el verso de León, despidiéndolo con la mente confundida, apretado el corazón y enturbiados los ojos. ¡Buen viaje, amigo inolvidable! ¡Buen viaje, gran poeta! ¡Buen viaje, Sinbad ya que para siempre a flote, desvarado...! ◇